

DISCURSO RECTORA ACTO DE ENTREGA DE LAS MEDALLAS DEL ATENEO

Dicen que la gratitud es la memoria del corazón.

La gratitud es como una flor que brota del alma y por eso siempre queda por encima, visible, sin importar el tiempo.

Mi gratitud hacia al Ateneo viene de lejos, aunque en esta noche esa flor brille y tenga forma de medalla.

Una medalla que recordará siempre años vividos, años sentidos.

Les confesaré que, dentro de la grandiosidad del María Cristina, una parte de nuestro corazón añora la Plaza grande.

Con la Catedral al fondo. La Catedral iluminada y las gaviotas recortándose blancas en la noche.

Añora la gran puerta del Ateneo hecha de maderas viejas y mármoles gastados. La puerta, siempre abierta, que nos va acogiendo a todos.

Y la escalera. La escalera secular. Interminable. Que en cada conferencia nos demuestra que al saber se puede llegar, aunque se ponga cuesta arriba.

Es nuestro viejo Ateneo. Nuestro siempre querido Ateneo. Con paredes que arrojan la voz de la cultura.

Con un techo admirable, para no perder la altura de miras.

Vino viejo, vino joven. Pero siempre en odres clásicos.
Aun sin llegar al medio siglo, el Ateneo de Málaga es anterior a la Universidad.

El uno y la otra nos llegaron con retraso. Pero ya venían tallados por los siglos.

Las Universidades, anteriores incluso al estado moderno. Los ateneos, nacidos precisamente de la Ilustración.

Esta noche quisiera que mi gratitud fuera sobre todo memoria. Memoria y reconocimiento.

Los Ateneos españoles nacieron, es verdad, de una inquietud cultural. Pero nacieron, sobre todo, del altruismo. Del deseo de darse a los demás a cambio de nada.

Nacieron “ansiosos”, como dijo el Duque de Rivas, primer Presidente del Ateneo de Madrid.

Ansiosos de promover a la sombra de benéficas leyes, la ilustración general”.

Eran, como una invocación directa a la diosa Palas Atenea. A la sabiduría misma. Una llamada a difundir las luces por todas las clases de la sociedad.

“Felices estos tiempos, -decía el Duque de Rivas-. Felices los tiempos en que es dado a los hombres el reunirse libremente para promover la ilustración de sus semejantes. Y para asegurar la libertad”.

Y era cierto. En los Ateneos se fomentaría la libre discusión de las ideas. El principio ilustrado de que “de la libre discusión nacerá la luz”. El que fermentaría el carácter romántico de los ateneos.

Liberalismo y romanticismo. Lugar para conversadores. Para filósofos.

Lugar para las charlas de Ortega y Gasset, el antecesor en la Metafísica del Profesor Gabilondo, mi amable presentador de esta noche. Gracias, Ángel, por tu amistad.

“Pensar, decía el maestro Ortega, es dialogar con la circunstancia.

El Ateneo fue una conversación entre afines.

Pero también un impulso. Un impulso altruista de enseñar a quien lo ignoraba casi todo. De llevar el conocimiento allí donde solo había pobreza.

Un impulso cultural que en España fue de liberales a libertarios. Desde el Duque de Rivas hasta los Ateneos populares, los que llevaban por bandera “la cultura como medio para la emancipación del pueblo”.

Algunos Ateneos tuvieron que suplir las carencias del Estado en la escolarización de niños. Incluso, mas allá, crearon escuelas nocturnas para alfabetizar a padres y madres.

Por primera vez muchas mujeres trabajadoras encontraron un sitio en igualdad con los hombres. Un sitio donde aprender a leer y a escribir.

Los Ateneos dieron vida al deseo de saber. De hacer teatro. De recitar poesía. En cualquier sitio, aunque fuera en una excursión por el campo.

Si la gratitud es la memoria del corazón, ese ejemplo debe ser recordado. El altruismo que dio vida a los Ateneos pervive hoy en el escuela igualitaria. Y en la universidad pública.

Pero seguimos necesitando la referencia del viejo Ateneo como lugar de encuentro.

Seguimos necesitando la puerta grande de viejas maderas y mármoles gastados por el tiempo. La necesitamos para encontrarnos. Para dialogar. Para hablar de todo.

Incluso la escalera; que, aunque sea escarpada, siempre nos lleva a la cumbre del conocimiento.

Esta noche, que ya presagia la primavera, debo gratitud al Ateneo.

Junto a mis cuatro compañeros, llevo una Medalla.

Imperecedera.

Como una flor que nace del alma.

Como un trébol de la suerte.

Un trébol que, esta noche, tiene cuatro hojas.

Muchas gracias